

ENCIERRO PANDÉMICO Y ENCIERRO NEOLIBERAL

Levy del Águila*

El encierro y el sentimiento de aislamiento que lo acompaña son quizá algunos de los rasgos más inmediatos que podemos reconocer en la fisonomía afectiva y social de esta pandemia. No se trata de celdas individuales que limitan el desplazamiento de nuestros cuerpos. Disponemos de márgenes más amplios que ello para desplazarnos en nuestras casas o fuera de ellas. Más allá de la facilidad con que algunos suelen evocarla, no se trata del encierro de una cárcel. Se han restringido algunas libertades, pero la cárcel tiene otros padecimientos y son normalmente de otra magnitud. El encierro pandémico comparte con la cárcel el dolor primordial que es la *separatidad*¹; la experiencia y la conciencia de la disminución, suspensión e incluso pérdida de buena parte de los vínculos desde los que organizamos nuestras vidas. Tanto en su sentido cotidiano, como en los planes de mediano e incluso largo plazo. Pero no es una cárcel. Tampoco se trata de un *break* para descansar y meditar sobre nuestras vidas y su sentido, cual elevada meditación en algún monasterio o en algún *resort* del Caribe. Este encierro convoca la incertidumbre del futuro desde un presente que no se detiene y que no hace sino estimularnos con advertencias sobre las amenazas del entorno, y, en particular, sobre el riesgo mayor desde el punto de vista médico: la cercanía del otro.

Es pues una escena en la cual, ante la falta de medicación capaz de curar y de vacunas capaces de prevenir, no queda sino proveernos de recursos tales como mascarillas y guantes sobre los cuales podemos tener razonables dudas de su

* Sociólogo, Magíster y Doctor en Filosofía (2013) por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Docente del Departamento Académico de Ciencias de la Gestión de la PUCP. *Autor de Ética de la Gestión, Desarrollo y Responsabilidad Social.*

El autor agradece a sus colegas y amigos Julio César Postigo y Martín Beaumont por haber leído y comentado el manuscrito original.

<laguila@pucp.edu.pe>

1. Cf. Fromm, Erich, *El arte de amar*, Barcelona: Paidós, 2003.

efectividad. En esta situación de emergencia médica masiva, el sentido del cuidado por la propia salud y la de los miembros de nuestros hogares se potencia *in extremis* y fomenta derivas paranoicas e hipocondríacas, bien sea que salgamos y nos veamos en medio de extensas colas y calles regularmente menos transitadas, o que nos quedemos en casa elaborando todo tipo de fantasías. En estas derivas, la separatividad no se presenta como la condición primordial de nacer que luego se pretende resolver bajo las formas de la cultura y la construcción de la psique. Es el caso, más bien, que esa misma cultura y esa misma construcción tienen que colocarse en el punto de vista de la distancia y la recíproca ajenidad. El discurso embellecedor de la responsabilidad y el compromiso con los demás aparece de inmediato para consolar una práctica donde nuestros lazos están jaqueados, pues la amenaza es precisamente el otro con quien normalmente se resuelve la separatividad. Ahora el otro es una amenaza de efecto inmediato.

En paralelo, a nivel societal, pareciera ser que arribamos al fin de las ilusiones del crecimiento económico, de esta suerte de *belle époque* neoliberal, que ha dominado progresivamente la escena global durante los últimos 40 años y que nos ha instalado en la rendición conservadora a un modo de ser y relacionarnos donde “no hay alternativas ni debate”. Hemos construido sistemáticamente —y como nunca antes— una sociedad del auto interés traducido en *egoísmo universal*². El neoliberalismo es un modelo de desarrollo económico y social donde la instrumentalización infinita de las relaciones inter individuales es el mandamiento incuestionable, donde la irresponsabilidad domina nuestras relaciones con la naturaleza en la forma del calentamiento global y donde el consumismo desenfrenado que nos pasa factura cada tanto con nuevos virus zoonóticos. También, cada tanto, alguna sensibilidad se lamenta y propone reformas al modelo, pero siempre vuelve a obedecer. La lógica de mercado capitalista puede dar lugar y puede lidiar con variadas aspiraciones y reivindicaciones; así, encuentra la forma de reproducirse incorporando demandas del ecologismo, las luchas de género, la multiculturalidad, la inclusión del adulto mayor, de las personas con discapacidad y un largo etcétera de valiosas apuestas progresistas que han florecido en esta *belle époque*. Y han florecido siendo críticas, pero solo hasta donde sea posible que no se coloquen en la posición de enfrentar a los pilares de nuestro modelo de convivencia. Si el atrevimiento les permite dar este paso, tales apuestas podrán seguir siendo atendidas, pero ya vaciadas de contenido y sentido en la forma de oportunidades para nuevos espacios de comercialización, nuevos nichos de mercado.

2. Una determinación inherente a la sociedad moderna, si seguimos a Marx en “Sobre la Cuestión Judía” (en Marx, Karl y Friedrich Engels, *Obras de Marx y Engels*, vol. 5, Barcelona: Grijalbo, 1978 [1843]).

¿Y qué nos ha ofrecido este modelo? Una conectividad efectiva de alcance mundial, a la vez que profundas asimetrías e injusticias globales; un inédito desarrollo tecnológico de la mano de una masiva exclusión de sus beneficios y de un vasto daño ambiental; una cultura empobrecida y plagada de nuevas formas socio-psicopáticas hasta hace algunas décadas inexistentes, asociadas al consumismo, la adicción al reconocimiento más banal y el culto enajenado de la auto imagen. No obstante, es quizá la no-comunidad instalada en nuestras sociedades el resultado que más interesa destacar en este momento. Se pone de manifiesto en el abandono del interés público al interés del lucro privado, patentemente expresado en el empobrecimiento de nuestros sistemas de salud pública (y no solo en los países “emergentes”) en favor del mercado de la salud. Una vez que la crisis pandémica se ha instalado, la no-comunidad se aprecia en el obscuro proceder del egoísmo universal. En el sector salud, toma ahora la forma de acaparamiento de medicinas y todo tipo de insumos médicos para la especulación en el mercado internacional. También lo encontramos en la administración perversa de algunas clínicas que, en un país de ingresos laborales promedio de S/. 1400 como el Perú³, pueden cobrar S/. 80,000 por admitir a una persona que se está ahogando en la puerta de sus instalaciones por las complicaciones derivadas del COVID-19 y que necesita ingresar a la Unidad de Cuidados Intensivos⁴. La administración pública no se queda atrás con la corrupción en sus sistemas de compras que debieran atender la emergencia. La Academia aporta lo suyo con sus economistas promoviendo la teología del libre mercado y maldiciendo la intervención del Estado. Por supuesto, de inmediato, pasan a pedir salvaguardas públicas de corte socialista para proteger a las grandes inversiones capitalistas con los impuestos de toda la población a la que, si tiene empleo formal, se le ofrece *suspensión perfecta*. En buena cuenta, más de lo ya conocido.

3. Data a 2018 del Instituto Nacional de Estadística e Informática del Perú, “Estadísticas/ Empleo”, tomado de: <https://www.inei.gob.pe/estadisticas/indice-tematico/ocupacion-y-vivienda/>, revisado el 11 de junio de 2020.

4. Cf. Msn Noticias, “Si mi padre iba a UCI me cobran 80 mil soles”: hombre denuncia cobros exorbitantes en Clínica Ricardo Palma”, tomado de: <https://www.msn.com/es-pe/noticias/peru/%E2%80%9Csi-mi-padre-iba-a-uci-me-cobran-80-mil-soles%E2%80%9D-hombre-denuncia-cobros-exorbitantes-en-cl%C3%ADnica-ricardo-palma/ar-BB13AYY9>, revisado el 11 de junio de 2020. Cabe precisar que el ingreso laboral promedio no es el mejor indicador para expresar la obscenidad del lucro en estos casos pues la brutal desigualdad de los ingresos en el Perú afecta este promedio de forma que mucho más del 50% de los trabajadores se encuentra por debajo de él.

De vuelta sobre la subjetividad, el asunto porta su paradoja. Viniendo de donde venimos, de la *belle époque* neoliberal, hubiera podido estimarse que estaríamos perfectamente premunidos con los mejores recursos culturales, tecnológicos y psíquicos para pasar a los formatos de la convivencia virtual y aislarnos ligeros y plácidos. Al fin y al cabo, el otro no es sino de interés para mi próxima instrumentalización y ahora podemos instrumentalizarnos de innumerables maneras sin tener que ocupar el mismo espacio físico. ¿Qué mejor? ¿Qué mayor eficiencia? Más aun, a lo largo del planeta, en los inicios de este cambio de época, venimos, conociendo formas restrictivas donde la no-comunidad, al menos en sus variedades más inmediatas de la presencia y el contacto físicos, pasan a ser mandato de Estado. Sin embargo, las personas se angustian masivamente. Así, los hijos del neoliberalismo desesperan de su educación virtual en las universidades y reclaman la presencia de sus maestros. Quieren caminar, ver a sus amigos. Algo parece fallar en el diseño cultural forjado para ellos. No se muestran preparados para esta variedad del encierro. La ajenidad ante el otro y el recíproco extrañamiento era la ley de sus vidas, pero este encierro parece rebasarles. La enfermedad mental florece en tiempos de pandemia y nuestras sólidas certezas de hace un momento se truecan en vidas vacías, donde domina la impotencia comunicativa, la urgencia de lazos, y donde la *necesidad de ser en comunidad* se hace quizás más patente que nunca como experiencia humana compartida en la historia universal.

Esta necesidad no debiera valorarse en su dimensión meramente existencial, o bien únicamente como un asunto de religamiento de la subjetividad con su entorno. Más bien, a tal necesidad le es imperativo dirigir sus esfuerzos de satisfacción hacia el rediseño de los modelos de vida en común que han venido operando y ya venían forjando, antes de la pandemia, modalidades toleradas de encierro que ahora pueden quizá conocer la posibilidad histórica de algunos puntos de quiebre. Por ellos nos referimos a los sistemas organizacionales en medio de los cuales llevamos a cabo nuestra actividad y configuramos nuestra vida cotidiana. Por ejemplo, a la necesidad de servicios públicos de educación y salud universales y respetuosos de la diferencia; pero, también, a la reconfiguración de sistemas de transporte y formas de uso de los espacios públicos desde las agudizadas exigencias de la responsabilidad social y ambiental post pandemia; o a la renovada ocasión que ahora se plantea de redefinir nuestra convivencia vecinal en pos de formas más comunitarias y sostenibles que nos permitan reestructurar la relación de lo local con sus interdependencias más amplias.

Frente a ello, la dificultad que de inmediato salta a la vista remite nuevamente al encierro. Ya no solo al encierro pandémico sino al que le precede y con el que actualmente guardamos la relación paradójica que hemos indicado.

La vida afectiva y las estructuras mentales forjadas en la *belle époque* neoliberal ya descansaban en la profunda aceptación del encierro. De ese encierro por el que el otro es siempre una contingencia y, en el mejor de los casos, el objeto de nuestra atención como materia disponible para su respectiva instrumentalización. La figura comunitaria de ser con el otro y definirse desde esa pertenencia es anatema para la cultura neoliberal. Su prédica es la no-comunidad. Una prédica victoriosa a lo largo del mundo que ha calado en cada uno de nosotros. La dominación de esta prédica que todo lo instrumentaliza nos ha sabido domesticar con inteligencia. Más aun, pareciera ser suficientemente fuerte para mantenernos en las modalidades de su redil durante la crisis y puede estimarse que tiene aún bases materiales y poder efectivo para continuar vigente después de ella. El encierro pandémico, aunque engendre paradójicos efectos en los hijos del neoliberalismo, tiene su amplio margen de juego perverso y continuidad con el encierro neoliberal. El aislamiento físico refuerza la impotencia para emprender algún cambio significativo. La pérdida de espacios y oportunidades de encuentro social, así como la generalizada ocupación en las tareas de la reproducción doméstica y el cuidado de la salud, atomizan los cursos de acción y llevan a cada quien a mirar, ante todo, su autointerés particular. Las alternativas de las redes sociales y las comunidades virtuales parecieran ser espacios sumamente inmaduros para la construcción de renovadas voluntades colectivas. Más bien, tienden a ser espacios para las nuevas formas de la alienación virtual y sus socio-psicopatías sintónicas con el encierro neoliberal que ya gobernaban la virtualidad pre-pandémica.

Y sin embargo la urgencia de comunidad sigue vigente. Con ella, la urgencia de auto comprensión, de esclarecimiento de nuestras procedencias y reconocimiento de la manera en que vivimos la satisfacción de nuestros deseos. Por cierto, la manera en que vivimos también nuestras patologías y nuestro sufrimiento. Así perfiladas las cosas, la vieja aspiración de los filósofos modernos por labrar en los ciudadanos la autoconciencia parece menos un afán especulativo que una urgencia inmediata para formular cualquier apuesta de cambio frente a los cánones del encierro neoliberal. Finalmente, el encierro pandémico acabará y la tan mentada “nueva normalidad” post pandémica quizá no sea tan nueva después de todo. De seguro no lo será, si no asumimos la tarea emancipatoria de identificar la relación, mediata e inmediata, entre nuestro sufrimiento psíquico y las estructuras de convivencia y los parámetros del bien y del mal que proceden del encierro más amplio, el encierro neoliberal, donde domina la práctica y la prédica de la no-comunidad. Si el Psicoanálisis ha sido siempre un poderoso aliado de las causas emancipatorias, ahora tiene ocasión para volver a ofrecernos su hermenéutica desocultadora y desnudar lo que las psiques no quieren o no pueden terminar de identificar por sí mismas. Al Psicoanálisis le toca ejercer

su labor y realizar su aporte en un momento histórico en que las fuerzas de la dominación social no son precisamente el Padre que porta realidad sino el que daña sin sentido y a quien no hay que seguir obedeciendo más.

Referencias bibliográficas

Fromm, E. (2003). *El arte de amar*. Barcelona: Paidós.

Instituto Nacional de Estadística e Informática del Perú. “Estadísticas / Empleo”, tomado de: <https://www.inei.gov.pe/estadisticas/indice-tematico/ocupacion-y-vivienda/>, revisado el 11 de junio de 2020.

Marx, K. (1978). Sobre la Cuestión Judía. En Marx, Karl y Friedrich Engels. *Obras de Marx y Engels*. vol. 5, 1978 [1843]. Barcelona: Grijalbo.

Msn Noticias. “Si mi padre iba a UCI me cobran 80 mil soles”: hombre denuncia cobros exorbitantes en Clínica Ricardo Palma”, tomado de: <https://www.msn.com/es-pe/noticias/peru/%E2%80%9Csi-mi-padre-iba-a-uci-me-cobran-80-mil-soles%E2%80%9D-hombre-denuncia-cobros-exorbitantes-en-cl%C3%ADnica-ricardo-palma/ar-BB13AYY9>

Resumen

El presente ensayo propone una reflexión en torno al encierro pandémico como una forma paradójica de *separatidad* en el marco del encierro neoliberal más amplio que precede a la actual emergencia sanitaria global ocasionada por el COVID-19. Este encierro responde a un modelo de desarrollo económico y social que toma la forma de una sociedad del auto interés traducida en *egoísmo universal* —según la clásica formulación marxiana—. La actual pandemia parece poner término a la *belle époque* de este modelo de convivencia que ha engendrado vastas sociopatías y enfermedad mental. Ambas han sido engendradas por la instrumentalización infinita de las relaciones inter individuales, la irresponsabilidad en nuestras relaciones con la naturaleza, bien sea a través de nuestras prácticas productivas o a través del consumismo desenfrenado de nuestros tiempos. Se instaló así una no-comunidad donde el interés público se ha abandonado al interés del lucro privado, fenómeno que ha adquirido formas obscenas en la pandemia. El malestar que de todo ello resulta no parece contar con recursos para hacerle frente y procurar su superación. Sin embargo, la urgencia de comunidad se agudiza en la crisis, tanto como la conciencia de esta necesidad. Se concluye convocando la fuerza desocultadora del Psicoanálisis para contribuir a enfrentar estas patologías y promover dicha conciencia en perspectiva emancipatoria.

Palabras clave: neoliberalismo, pandemia, patologías sociales, patologías mentales, vida en común

Abstract

This essay proposes a reflection on pandemic confinement as a paradoxical form of separateness within the framework of the broader neoliberal confinement that precedes the current global health emergency caused by COVID-19. This confinement responds to a model of economic and social development which takes the form of a self-interest society translated into universal selfishness —according to the classic Marxian formulation. The current pandemic seems to put an end to the *belle époque* of this model of coexistence that has generated vast sociopathies and mental illness. Both have been generated by the infinite instrumentalization of inter-individual relationships, the irresponsibility in our relationships with nature, either through our productive practices or through the rampant consumerism of our times. Thus, a non-community was installed where the public interest has been abandoned to the interest of private profit, a phenomenon that has taken obscene forms in the pandemic. The discomfort that results from all this does not seem to have the resources to face it and try to overcome it. However, the urgency of community gets more acute in the crisis, as well as the awareness of this need. It concludes by convening the unhidden force of Psychoanalysis to contribute to face these pathologies and promote such awareness in an emancipatory perspective.

Key words: neoliberalism, pandemic, sociopathies, mental illness, life in common